

MANUEL ALCÁNTARA PLÁ

# DESCONEXIÓN

EL GRAN REEMPLAZO DIGITAL

Alcantara Plá, Manuel, autor

Desconexión : el gran reemplazo digital / Manuel Alcantara Plá. -- Primera edición.  
-- Bogotá : Ecoe Ediciones ; Valencia, España : Barlin Libros, 2024.  
243 páginas.

Incluye datos curriculares del autor.

ISBN 978-958-503-905-6 (impreso) -- 978-958-503-906-3 (pdf) -- 978-958-503-907-0 (epub)

1. Medios digitales - Aspectos sociales 2. Tecnología - Aspectos sociales 3. Tecnología y sociedad

CDD: 302.231 ed. 23

CO-BoBN- a1135429

---



**Área:** *Sociedad y ciencias sociales*

**Subárea:** *Sociedad y cultura: general*

**ECOE**  
**EDICIONES**



**BARLIN LIBROS**  
PENSAMIENTO AL MARGEN

© Manuel Alcántara Plá

© Barlin Libros  
editorial@barlinlibros.org  
Avda. Baleares 61-20° 46023  
Teléfono: (96) 382 27 32  
Valencia, España

© Ecoe Ediciones S.A.S.  
info@ecoeediciones.com  
www.ecoeediciones.com  
Carrera 19 # 63 C 32  
Teléfono: (+57) 321 226 46 09  
Bogotá, Colombia

**Primera edición:** Bogotá, marzo del 2024

ISBN: 978-958-503-905-6  
e-ISBN (PDF): 978-958-503-906-3  
e-ISBN (EPUB): 978-958-503-907-0

Coordinadora editorial: Ana María Rueda G.  
Coordinadora de producción editorial:  
Paula Bermúdez Bello  
Editora de adquisiciones: Alejandra Cely R.  
Carátula: Wilson Marulanda Muñoz  
Impresión: Xpress Estudio Gráfico y Digital  
Carrera 69 H # 77 - 40

*Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio  
sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.*

*Impreso y hecho en Colombia - Todos los derechos reservados*

## TABLA

CERO

### SER O NO SER

11

UNO

### AMANECER

21

|   |    |
|---|----|
| <i>Adicto</i> .....                     | 21 |
| <i>Hago caso de los que saben</i> ..... | 40 |
| <i>Conexión</i> .....                   | 44 |

DOS

### LA DOLCE VITA

47

|  |    |
|--|----|
| <i>76 al día</i> .....                         | 48 |
| <i>Silencio para ser yo</i> .....              | 50 |
| <i>Concentrarse consiste en decir no</i> ..... | 55 |
| <i>Cantidades</i> .....                        | 64 |
| <i>Conexión</i> .....                          | 65 |

TRES

### OLVÍDATE DE MÍ

69

|  |     |
|--|-----|
| <i>Ser y estar</i> .....                 | 69  |
| <i>¿Quiénes son mis amistades?</i> ..... | 79  |
| <i>Relaciones densas</i> .....           | 94  |
| <i>Intimidad adolescente</i> .....       | 99  |
| <i>Machos alfa digitales</i> .....       | 101 |
| <i>Conexión</i> .....                    | 105 |

CUATRO  
**LA VENTANA INDISCRETA**  
109

|  |     |
|--|-----|
| <i>Transparencia numérica</i> .....          | 109 |
| <i>Mi hogar, mi cuerpo, mis cifras</i> ..... | 120 |
| <i>El mundo filtrado</i> .....               | 130 |
| <i>Realidad disminuida</i> .....             | 146 |
| <i>Si pienso en los más pequeños</i> .....   | 149 |
| <i>Conexión</i> .....                        | 157 |

CINCO  
**METRÓPOLIS**  
159

|   |     |
|---|-----|
| <i>Es el consumo</i> .....                | 159 |
| <i>Trabajo en equipo</i> .....            | 164 |
| <i>Su victoria</i> .....                  | 166 |
| <i>Burbujas porno</i> .....               | 182 |
| <i>Burbujas de sangre</i> .....           | 188 |
| <i>Despotismo Ilustrado digital</i> ..... | 195 |
| <i>Conexión</i> .....                     | 203 |

SEIS  
**APOCALYPSE NOW**  
207

SIETE  
**DESCONECTA**  
215

|  |     |
|--|-----|
| <i>Voluntad</i> .....                  | 216 |
| <i>Contra las redes sociales</i> ..... | 218 |
| <i>El ser humano del futuro</i> .....  | 219 |
| <i>Como movimiento social</i> .....    | 223 |
| <i>Autoayuda</i> .....                 | 225 |
| <i>Desde dónde</i> .....               | 226 |
| <i>Responsabilidades</i> .....         | 227 |
| <i>Espacios</i> .....                  | 229 |

**NOTAS**  
233

*La completa relación entre los humanos y  
las máquinas va a ser frecuentemente  
renegociada en los próximos años.*

LEE RAINIE Y BARRY WELLMAN

*Las mejoras en la comunicación tienen  
la tendencia a dividir a las personas.*

HAROLD INNIS



CERO  
**SER O NO SER**

*Es ridículo la forma que  
tienes de captar la atención.  
Si digo una broma, tú la terminas.  
Si me pongo a dieta, tú pierdes peso.  
Si me resfrío, tú estornudas.  
Y si alguna vez tuviéramos un hijo,  
no estoy seguro de que yo  
fuera a ser la madre.*

SER O NO SER (1942)

Hay una pesadilla que se repite esporádicamente desde que tengo recuerdos de soñar. En ella empiezo a nadar cuando me doy cuenta de que la corriente del mar, ciega y sutil, me ha llevado a zona peligrosa. La superficie del agua, lámina callada y oscura, aparenta tranquilidad. No veo el fondo tras la masa turbia, y la alarma solo salta al detenerme y reconocer que ya no estoy donde pensaba. Después llega la confusión entre los dos mundos, el soñado y el del descanso, y los límites se cuartejan por el tormento y las pulsaciones rápidas que intentan aplacarlo. Ahí ando a las cinco de la mañana de un martes. Me despierto después de dar doscientas vueltas por la cama y con la sensación de estar más cansado que cuando me acosté. Veo la hora en el teléfono, que tampoco parece tranquilizarse en la quietud de la mesilla. Estoy seguro de que se ha iluminado varias veces detrás de mis párpados. Aún retengo imágenes de la inquietud en mi mente.

Mantengo una fe profunda en los sueños desde hace muchos años. Me sirven como orientación cuando siento que algo no va bien. Se adelantan a los acontecimientos con representaciones imaginativas de lo que me está ocurriendo. He aprendido a leer entre líneas en sus tortuosos guiones. Descifrarlos es una forma de poner las luces largas hacia mi interior. Algunos marcan momentos concretos; otros vienen y van, con una presencia extendida y familiar que dura ya años.

La pesadilla del mar traicionero ha vuelto a mudarse a mis noches desde hace un tiempo, meses antes de que me decidiera a escribir sobre dónde me encuentro en el océano digital. Ahora, tras una intensa travesía, soy consciente de que las dinámicas de las herramientas digitales me han arrastrado lejos; tanto que, como en la pesadilla, algo en mí siente la urgencia de hacerme parar, mirar a mi alrededor y empezar a nadar contracorriente. Este ensayo comienza, por lo tanto, reclamando mi propia voluntad. Esa es la diferencia fundamental entre nadar y dejarse llevar, y es también la clave de los temblores que recorren los siguientes capítulos.

Redacto estas páginas sobre las preguntas y respuestas que he ido recorriendo después de comprender dos cuestiones básicas. La primera, que los avances electrónicos no me están llevando a donde creía. La segunda, que resistir en el mundo digital es impostergable y trascendental.

Lo pongo en papel porque el objetivo que persigo no puede alcanzarse de manera individual, pues las nuevas maneras de hacer las cosas mediante *apps* digitales no complementan a las que ya existían antes, sino que las reemplazan. Vivimos un momento histórico: el Gran Reemplazo Digital. Y ese es también el motivo de la urgencia de una reacción conjunta. Piensa por ejemplo en la relación entre los teléfonos móviles y las cabinas telefónicas; los primeros no son una alternativa a las segundas porque las han borrado de nuestro paisaje. Piensa en la relación entre los *wasaps* y las llamadas telefónicas; los primeros han reemplazado muchas de las segundas hasta el



punto de que ahora se sentirían raras en multitud de contextos. ¿Por qué me llamas para esto cuando podrías haberme mandado un mensaje?<sup>1</sup> Piensa en el tiempo real que nos dedicamos ahora los unos a los otros<sup>2</sup>, reinvertido en mantener esos *tamagotchis* inesperados en los que se han convertido nuestros teléfonos móviles. Piensa en cómo eliges tus productos de ocio —películas, canciones, música— guiado inevitablemente por algoritmos que no controlas.

Si la resistencia digital que necesitamos no fuera un movimiento de muchos, sino una decisión peregrina de unos pocos, las alternativas acabarían desapareciendo, pero hay muchos motivos para tomárselo en serio y unirse a la causa. He tratado de explicarlos de manera clara en las páginas que siguen. Sin embargo, sospecho que la razón más poderosa estaba ya en mi interior al principio del viaje, y presento que puede estarlo también en el de muchos lectores. Viene contenida en la respuesta sincera a una sencilla pregunta: ¿cómo te hacen sentir las *apps* que más protagonismo tienen en tu día a día?

Si te pareces en algo a lo que dicen las estadísticas sobre el común de los mortales, la mayoría de esas aplicaciones no habrán llegado a tu dispositivo por una imposición laboral ni estatal: lo habrán hecho voluntariamente elegidas por ti, en relación con tu vida personal. Si miras la información de uso en los ajustes, comprobarás que la mayor parte del tiempo lo has pasado en *apps* de redes sociales como Instagram, Facebook, WhatsApp, TikTok, LinkedIn, Tinder... El nombre dependerá de tu momento vital y muy especialmente de tu edad. Te repito la pregunta: ¿Qué sientes al pensar en su utilización durante el último mes? ¿La sensación principal es de agradecimiento por lo que te han aportado o percibes cierta ansiedad o estrés?

En primer lugar, me concederé el derecho de centrarme en mis propias sensaciones. Es una cuestión emocional. Podría decir muchas cosas positivas desde lo racional sobre estas aplicaciones. Algunas me parecen maravillas sacadas de películas de ciencia ficción. Son ingenios prodigiosos. Con un aparato electrónico

más pequeño y delgado que una libreta, puedo viajar por todo el planeta con Google Earth, puedo escuchar toda la música que desee con Spotify —no puedo explicar con palabras lo que esto significa para un melómano como yo—, puedo hablar por videoconferencia con mis amistades de otros países con Jitsi y puedo ver qué fragmentos he subrayado en mi última lectura con Mendeley<sup>3</sup>. Es un milagro tecnológico que no nos habríamos creído hace apenas veinte años. Pero eso es solo ingeniería. La pregunta desde la que quiero emprender mi viaje es mucho más importante. No debo olvidar que la cultura es el alma floreciente que se encierra en el término «tecnocultura»; la política es el corazón de ámbar enclaustrado en la «tecnopolítica». Yo quiero saber si esos inventos fantásticos me hacen sentir mejor al final del día y si considero que mi relación con las personas que me importan es ahora también mejor gracias a ellos.

«Sentir» es el punto de partida. Sé que las emociones están infravaloradas en algunos ámbitos, especialmente en el que yo me muevo profesionalmente, el académico. Pero también sé que lo que siento no es fortuito. Como mis sueños, las emociones reflejan causas veladas. En mi caso, he descubierto que están conectadas con las ideas que determinan cómo se diseñan las aplicaciones digitales que después me hacen experimentarlas de una manera concreta. Los dispositivos electrónicos y los sitios virtuales han sido creados para hacerme avanzar en unas direcciones sin pausa, y han conquistado así todos mis espacios. No siempre tenían invitación.

Tiene cierto patetismo que uno de los párrafos más citados en el estudio crítico de la tecnología actual se escribiera casi 2500 años antes de que se construyese el primer ordenador. Es un fragmento del diálogo *Fedro* de Platón. Se trata de una de las obras cumbre de su pensamiento, solo equiparable a *La República* o *El banquete*, y una de las más interesantes para el estudio de la psicología humana, especialmente el amor. Pero esa es otra historia.

En ese diálogo, Sócrates cuenta el mito de Theuth y Thamus. El rey egipcio Thamus tiene como invitado de honor a Theuth,

dios de creaciones como las Matemáticas, la Astronomía y la Escritura. El monarca tiene interés verdadero por estas invenciones y le va preguntando por su utilidad. Thamus es un rey con carácter que no se empuqueña en presencia de tan innovativa divinidad. Le halaga las cosas con las que está de acuerdo igual que le critica duramente las que le parecen inútiles a pesar de las innegables dotes comerciales de Theuth. La escritura es de las segundas.

El dios explica que la escritura es un ingenio que «hará más sabios a los egipcios y vigorizará su memoria». Lo primero que le responde Thamus es quizás lo que le deberíamos haber dicho hace mucho tiempo a los billgates y stevejobs de las tecnologías digitales:

Una cosa es ser uno capaz de engendrar un arte y otra saber comprender qué daño o provecho encierra para los que de él han de servirse. Tú, por ser el padre de los caracteres de la escritura, por benevolencia hacia ellos, les has atribuido facultades contrarias a las que poseen.

Esa fue la respuesta que —paradójicamente— escribió Platón en el siglo IV a.C. Me pregunto cómo hemos dejado que fueran los mayores interesados en la venta de las nuevas tecnologías quienes decidieran el papel que debían tener en nuestras vidas tantos siglos después. Nuestra ingenuidad es patética.

La continuación de la respuesta de Thamus es también interesante. Defiende los modos «naturales» frente a los «artificiales». Las facultades que Theuth le atribuye a la escritura son falsas por dos motivos. Primero, la posibilidad de escribir elimina la necesidad de recordar. Por lo tanto, no puede ser cierto que mejore la memoria, aunque sí facilite la lucha contra el olvido. Segundo, Thamus piensa que no se puede equiparar la enseñanza que provee la lectura con otras más naturales, como el magisterio oral que Sócrates practicaba. Darle a un estudiante el conocimiento «en bruto», sin nadie que le ayude a comprenderlo y utilizarlo, no parecía una estrategia prudente.

Sería algo cínico por mi parte aceptar la crítica de Sócrates sobre la escritura, teclado en mano. Sin embargo, sí coincidiría plenamente con él si el trato hubiera sido reemplazar un modo por otro. En ese detalle reside la mayor amenaza de las tecnologías digitales. La mayoría de las veces no vienen a complementar —facilitar, mejorar— cómo hacemos las cosas, sino a cambiarlas completamente. Aprendamos de Platón y tomemos de él al menos la lección de que es necesaria una mirada crítica frente al brillo de las novedades. No nos dejemos engatusar ciegamente por el entusiasmo de quienes las crean y tienen interés en su venta.

Si resistimos ante algo es porque nos está provocando consecuencias indeseadas, o lo hará en el futuro. Entendería entonces que mi deseo de oponerme a lo digital sonara contraintuitivo. Al fin y al cabo, llevamos décadas de publicidad a su favor, resultando espectacularmente eficaz y cegadora. Cada salida al mercado de un producto digital se anuncia y recibe como un evento de impacto planetario. Las compañías que los venden han logrado que cambios tecnológicamente menores sean presentados como disruptivos en los medios.

Su éxito ha sido tal que yo mismo me he convertido en un *fetichista tecnológico*. Adoro esos pequeños aparatos y los considero compañeros esenciales de mi vida. No me siento raro por ello. Sé que ni soy el único ni el caso más extremo. La ansiedad fetichista lleva a gente ociosa a esperar durante horas a que abran una tienda con la sola intención de ser los primeros en adquirir un nuevo modelo de *smartphone*. Nunca he estado ahí, pero lo sé porque a los medios de comunicación les encanta enseñarnos estas cosas. Les llama la atención porque son fenómenos sociales, pero sobre todo porque tienen que ver con los avances digitales. Los medios son más fetichistas que yo.

Mientras tanto, algunos de los vídeos más vistos en Youtube se recrean en los *unboxings*: el muy moderno ritual de desembalar productos tecnológicos reverenciando cada paso, como si presenciáramos una revelación. Extraen el artefacto de turno

cual expertas matronas y nos presentan al recién nacido con auténtica emoción, como si no hubiera miles de cajas iguales en muchos otros hogares, siendo abiertas y traídas a las vidas de sus usuarios. Vislumbramos algo único en un ingenio fabricado en serie.

Creo que soy sincero cuando digo que no llego a estos extremos, pero probablemente tampoco ande muy lejos. Un ejemplo sencillo: hace tiempo que no utilizo ningún producto de Apple y, sin embargo, sus tiendas son para mí sirenas acristaladas que me llaman poderosamente. El modo en que están dispuestas, su transparencia quizás y el prestigio social de la marca son la letra de un canto callado que me arrastra a su interior. Solo cuando ya estoy dentro pienso en qué demonios hago allí, si no necesito comprar nada.

Mentiría también si dijera que no siento ningún placer al ver y tocar los productos que tienen expuestos. Probablemente «placer» suene exagerado. Es el mismo término que utilizo para referirme a otros deleites que no tienen mucho que ver con acercarme a un pequeño electrodoméstico, pero no puedo negar que hay una fuente de goce ahí. Aún podría decir más: se trata de un placer sofisticado, sostenido por leves sutilezas apenas perceptibles. Los productos tecnológicos son brillantes en el sentido más visual de la palabra, pero el motivo de que me satisfagan no puede asentarse —únicamente— en ese rasgo. Vivo en Madrid y, en las ciudades contemporáneas, estamos rodeados de luces y cristaleras que no tienen el mismo efecto. Lo que nos atrae de estas sirenas eléctricas es más sutil. Tiene que ver, por ejemplo, con la diferenciación delicada que existe entre dos vinos cuando ambos han sido producidos con mimo, la que podemos percibir entre dos coches de marcas similares, o entre dos composiciones musicales que adoramos. El placer que siento, y que estoy presuponiendo que sienten otras personas que acaban dentro de aquellas tiendas, es un refinamiento cultural difícil de traducir a palabras sin parecer idiota.

Nunca he sido, por lo tanto, un tecnóforo modélico. Cada capítulo de este ensayo tiene un título y una cita tomados de

clásicos cinematográficos como reconocimiento explícito de ello: los avances tecnológicos, como el invento del cine, están detrás de obras clave de nuestra cultura.

La historia de lo digital corre a un ritmo acelerado y provoca la coexistencia de sensaciones contradictorias. Recuerdo aún cuando era habitual leer o escuchar sentencias apocalípticas contra las tecnologías. Se las criticaba por convertirnos en asociales y se llegaba a plantear —completamente en serio— que pudieran incluso afectar a nuestras dinámicas de reproducción. ¡Nos olvidaríamos de emparejarnos ensimismados por lo virtual!

Ahora, con esas ideas todavía resonando, hemos abrazado las opuestas. Las redes sociales son digitales y muchos vínculos personales necesitan de la ratificación de las plataformas electrónicas para consolidarse. También los sexuales. Del temor hemos pasado a la pasión. Llamam «determinismo tecnológico» a la convicción de que las tecnologías son todopoderosas y capaces de cambiar nuestro destino. Juegan un papel clave en la incredulidad imperante y cateta ante el desastre ecológico que estamos viviendo. La esperanza no descansa para muchos en un Dios, sino en un invento salvador. «Machina ex machina».

La exageración de ambas posturas, la apocalíptica y la determinista, no se debe al diseño de los inventos digitales, sino a estrategias de publicidad, más dadas últimamente a la fuerza bruta que a la sutileza mental. Por eso la resistencia no puede ser una respuesta a estos extremos. Los anuncios proyectan sus potentes focos sobre los productos que quieren vender, dejando todo lo demás en la oscuridad. No obstante, nuestra oposición no pretenderá apagar su destello, sino que la luz se disemine por todos los rincones.

Este es un ensayo de tecnocultura y tecnopolítica porque lo digital solo puede entenderse integrado con el resto de las dinámicas con las que estructuramos la sociedad. La tecnocultura es «la relación entre la tecnología y la cultura, y la expresión de esa relación en patrones de la vida social, de las estructuras económicas, de la política, del arte, de la literatura y de la

cultura popular»<sup>4</sup>. Es ahí donde actúan y queremos actuar. Las tecnologías, como la lengua misma, son a la vez herramientas para trabajar nuestra cultura y parte de ella. Nos dicen que son neutrales culturalmente y que los problemas, si los hay, vienen del uso que les damos. Mienten. Como todo, los artefactos digitales son creados con una intención que se convertirá en tendencia para quienes los utilicen. Las tecnologías nacen en un contexto sociopolítico y lo llevan dentro de sí. El entorno es el que marca su necesidad, sus prácticas y sus limitaciones.

Mi decisión de reivindicar otro mundo digital es ideológica, no técnica. Aunque los sistemas informáticos no nacieron limitados a intensificar la filosofía de la vida neoliberal, la historia ha hecho que se hayan ido entrelazando con ella como una enredadera abraza la estructura que le permite crecer. El potencial de internet era más luminoso en sus orígenes. Tengo fe en que todavía podamos expandir sus ramas por caminos diversos.

Han proliferado últimamente los libros y las webs que reconocen un efecto nocivo de internet y de las tecnologías en nuestras vidas, y que se centran en enseñarnos cómo utilizarlas de forma positiva. Por algo será. Yo me he comprado unos cuantos. Uno de los más exitosos, *Net Smart* de Howard Rheingold, comienza de la siguiente manera:

El futuro de la cultura digital —tuya, mía, nuestra— depende de cómo de bien aprendamos a utilizar los medios que se han infiltrado, amplificado, distraído, enriquecido y complicado nuestras vidas.<sup>5</sup>

Es un ejemplo precioso del espíritu de esa corriente de «autoayuda» digital, que tiene un planteamiento *naïf* y una consecuencia perversa. El primero es *naïf* porque plantea que la situación puede mejorar simplemente perfeccionando nuestro uso de las herramientas, como si estas fueran tan flexibles como para mutar radicalmente en nuestras manos. Mostraré en las siguientes páginas cómo de alejada está esa idea de la realidad.

La consecuencia es perversa porque, como no podía ser de otra manera dentro de la filosofía neoliberal imperante, nos culpa a nosotros, usuarios llanos, de que la tecnología esté siendo perjudicial para nuestras vidas. Si te afectan negativamente los productos que te vendemos, es porque no sabes utilizarlos bien. La solución está, según estos libros, en la mejora personal hasta lograr una adaptación perfecta a las herramientas.

Yo he decidido que hay cosas de mi vida que no quiero adaptar al bien supremo de las grandes tecnológicas. Mis amistades, por ejemplo. Pero hay efectos aún más graves si sigo su corriente. En su forma actual, nuestra sociedad favorece desigualdades y provoca sufrimiento a sus miembros, en ambos casos evitables con lógicas diferentes. Las tecnologías digitales, interpretadas habitualmente como símbolos del progreso y de una mayor libertad, son fruto de esa sociedad injusta y reman rápido en su misma dirección. Este es el contexto en el surge la necesidad de una resistencia. Resistir no es frenar, sino enderezar un camino que se ha desviado de una meta mejor, aunque suponga nadar a contracorriente.

Howard Rheingold cree que las acciones de la gente pueden influir en el desarrollo tecnológico, y pone de ejemplo la revolución de la imprenta. Estoy de acuerdo, pero no creo que eso se consiga «utilizando mejor» lo que los gurús de Silicon Valley tienen a bien proporcionarnos. Se consigue diciéndoles que queremos herramientas que no sustituyan nuestro mundo, que no nos arrebaten nuestra autonomía y que nos ayuden a crear sociedades mejores. Se consigue siendo responsables y no dejándoles a otros una tarea que la historia nos ha encargado a nosotros.

Este ensayo es una intervención reflexiva y política que grita urgencia. Tomemos las riendas de nuestro futuro. Es más cómodo delegar en Google o Amazon las decisiones, pero lo que sacrificamos haciéndolo es enorme. Estas tecnologías siempre estarán ahí dispuestas a tomar el relevo. Como el personaje de *Ser o no ser*, son expertas en captar la atención y en terminar lo que nosotros empezamos, pero a su manera.